

LA PARTICIPACIÓN DIFERENCIAL DE MUJERES EMIGRANTES
DE AMÉRICA LATINA EN LA FUERZA DE TRABAJO
DE LOS ESTADOS UNIDOS

HELEN I. SAFA
Rutgers University

I. INTRODUCCIÓN

A PESAR del creciente interés y profusa investigación en el área de migración, poca atención se ha concedido al impacto de las diferencias sexuales en los procesos migratorios. Se ha supuesto en general que las mujeres emigran como miembros dependientes de una unidad familiar, ya sea como esposas o como hijas acompañando a sus maridos o padres a sus nuevos lugares de residencia.

Sin embargo, investigaciones recientes han revelado que en ciertas áreas del mundo las mujeres emigran independientemente de los hombres y con frecuencia registran tasas más elevadas que ellos. En su importante trabajo precursor sobre el papel de la mujer en el desarrollo económico (*Women's Role in Economic Development*, 1970), E. Boserup señala que en América Latina entre 25 y 35 % de las mujeres adultas en centros urbanos y semiurbanos están empleadas. Ésta es una cifra comparable a la que caracteriza a la mayoría de los países industrializados. Sin embargo, dadas las pocas oportunidades de empleo para las mujeres en las áreas rurales, existe una elevada tasa de migración externa que resulta en una proporción más alta de mujeres en centros urbanos o semiurbanos, que en las áreas rurales (Boserup, 1970:187). Investigaciones más detalladas han mostrado que muchas de estas mujeres llegan a las ciudades solas o como cabezas de familia con hijos y sin esposo. Las mujeres emigrantes en todos los grupos de edad por lo general reportan tasas de participación laboral más elevadas que las mujeres nativas de la ciudad, concentrándose en trabajos manuales, en particular en el servicio doméstico. Parece ser, igualmente, que las diferencias entre nativos y emigrantes son mayores entre mujeres que entre hombres en las ciudades latinoamericanas (Jelin, 1976:1-5).

Las razones que explican esta diferencia yacen en las oportunidades de empleo existentes para las mujeres emigrantes y nativas. Datos acerca de varias ciudades grandes latinoamericanas muestran que la mayor proporción de mujeres empleadas como sirvientas domésticas se encuentra entre aquellas recién arribadas a la ciudad. Tal proporción disminuye en fun-

ción de la duración de residencia o nacimiento en la ciudad (Jelin, 1976:5). Los estudios realizados por Chaney y otros en Perú sugieren que el servicio doméstico se localiza también de manera predominante entre mujeres jóvenes y solteras, ya que el matrimonio o los hijos dificultan la estancia de las mujeres en casa de sus patronos tal y como se acostumbra en el área de servicio doméstico en la mayor parte de América Latina (Chaney, 1976; Smith, 1973). De estar capacitadas, tales mujeres suelen pasar a ser vendedoras ambulantes en las calles o mercados citadinos, con frecuencia acompañadas por sus hijos. El empleo en las fábricas queda generalmente reservado para las mujeres nacidas en la ciudad mientras que el empleo en el sector de oficinas o de ventas requiere además de una educación secundaria y "buena presentación", por lo general restringida a mujeres de clase media (Téstá-Záppert, 1975).

¿Cómo se compara este perfil de empleo con el de mujeres latinoamericanas emigradas a los Estados Unidos? Sería de esperar, desde luego, que la migración internacional fuera más seleccionada que la migración interna ya que requiere mayor planeación y recursos y, con la excepción del caso portorriqueño, está sujeta a leyes migratorias que en sí mismas determinan de manera importante el tipo de emigrantes a quienes se permite la entrada al país. El tipo de oportunidades de empleo accesibles a las mujeres emigrantes también **difiere** de manera considerable en los Estados Unidos, país notablemente más industrializado que la mayor parte de América Latina y en el cual los emigrantes enfrentan barreras lingüísticas no existentes en sus propios países. Además, el carácter relativamente reciente de gran parte de la migración latinoamericana a los Estados Unidos impide el ^Qcomienzo a emerger en el caso de emigrantes rurales a las zonas urbanas en América Latina.

Este trabajo tiene por objeto analizar la situación de mujeres latinoamericanas emigrantes al área metropolitana de Nueva York. Aunque algunos datos comparativos de importancia han sido incluidos aquí con respecto a la migración latinoamericana a nivel nacional, este trabajo se refiere en especial a los grupos latinos localizados predominantemente en el área metropolitana de Nueva York, es decir, nuestro foco de análisis son los grupos de portorriqueños, cubanos, colombianos y en menor grado dominicanos. Al concentrarnos en una sola área es más fácil analizar los efectos de cambios ocurridos en el mercado de trabajo y con respecto a los indicadores socioeconómicos en la población emigrante. Al mismo tiempo, la ciudad de Nueva York continúa atrayendo una gran proporción de emigrantes latinos, excepto mexicanos, quienes se encuentran todavía concentrados de manera predominante en el suroeste.

II. EMIGRANTES LATINOAMERICANOS EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK

La población latinoamericana de la ciudad de Nueva York creció de

5-5% de la población total en 1960 a 10.4 en 1970 (Chaney, 1976 b:93). En este grupo el mayor sector se encuentra constituido de manera notoria por portorriqueños, quienes llegaron a 817 000 en 1970, es decir, el 70% de la población latinoamericana de la ciudad. Sin embargo, la proporción de la población portorriqueña venida de la Isla a la ciudad de Nueva York declinó de 82% en 1950 a 59% en 1970 (B. L. S., 1975:24 y 29). Aunque casi la mitad de la población de origen cubano vivía en el estado de Florida en 1970, unos 90 000 vivían en Nueva York y 70 000 residían en New Jersey (Jaffe *et al*, 1976:278). El número de dominicanos y colombianos es difícil de estimar con certeza debido al elevado número de emigrantes ilegales procedentes de estos y otros países latinoamericanos,, pero el número total de centro y sudamericanos que vivían en Nueva York en 1970 se estimaba en documentos oficiales en 150 000 (Jaffe, 1976:313).

Al igual que en América Latina, el porcentaje de mujeres en grupos de emigrantes latinos venidos a los Estados Unidos también es mayor que el de los hombres. Esto es menos cierto respecto a la población migratoria mexicana (debido a la preponderancia de trabajadores agrícolas) que en cuanto a los portorriqueños, cubanos, centro y sudamericanos. En cada caso, el porcentaje de mujeres es mayor entre los emigrantes que entre aquellos nacidos en el continente y pertenecientes al mismo grupo étnico. Con base en los datos obtenidos a nivel nacional a través del censo de 1970, por ejemplo, de cada cien emigrantes cubanos, unos 53 son mujeres y 47 hombres (Jaffe, 1976:280). Las mismas cifras son válidas para emigrantes de origen centro y sudamericano (*Ibid*: 316). En la ciudad de Nueva York, las mujeres constituyen el 55.8% de la población colombiana de dieciséis o más años de edad (Chaney, 1976 b: 93), mientras que entre los dominicanos el número de mujeres emigrantes ha sido mayor de manera consistente que el de hombres en las estadísticas compiladas por el INS de 1962 a 73 (Domínguez, 1975: 91). Entre los portorriqueños, la proporción de los sexos ha fluctuado: los hombres predominaron en los grupos migratorios de épocas más tempranas,, pasando a una preponderancia de mujeres en el decenio de los cuarentas para volver el predominio masculino en años recientes (B. L. S., 1975: 16).

¿A qué se debe, podríamos preguntar, que las mujeres constituyan una proporción más alta que la formada por los hombres en la población migratoria latinoamericana? Parte de la explicación puede hallarse en los efectos diferenciales de la legislación migratoria norteamericana sobre emigrantes pertenecientes a ambos sexos, ya que las leyes migratorias de 1965 favorecen a los parientes de extranjeros que sean ciudadanos o residentes permanentes en los Estados Unidos. Esto podría tender a elevar el número de mujeres emigrantes (c/r. Cruz y Castaño, 1976: 51). Sin embargo, esta proposición, es...válida para la población portorriqueña formada de antemano por ciudadanos norteamericanos o al caso de emigrantes cubanos, la mayoría de los cuales han sido admitidos como refugiados políticos en los Estados Unidos. Debido a esto es necesario

encontrar una explicación más razonable. Parece ser que el exceso de mujeres sobre hombres en la población migratoria latinoamericana está relacionado con la naturaleza del mercado de trabajo neoyorquino. Tal y como en el caso de la migración interna en América Latina, las mujeres están emigrando al exterior con mayor frecuencia que los hombres, debido al tipo de oportunidades de empleo percibidas por ellas en el área metropolitana de Nueva York.

III. EL MERCADO DE TRABAJO EN NUEVA YORK

La principal atracción para la mayoría de las mujeres latinas emigrantes, excepto para aquellas que son profesionales altamente especializadas, parece yacer en la posibilidad de encontrar empleo fabril en el área metropolitana de Nueva York principalmente en la industria del vestido. Tal industria, como es bien sabido, ha utilizado el trabajo de diversas y sucesivas ondas migratorias a la ciudad de Nueva York. En diferentes ocasiones tales ondas migratorias han estado constituidas por judíos, italianos, polacos y otros grupos de origen europeo del Este hasta el más reciente caso de emigrantes latinoamericanos. Las razones por las cuales tales emigrantes han acudido masivamente a la industria del vestido se encuentran en los siguientes factores: 1) con frecuencia tal tipo de empleo no requería el conocimiento del idioma inglés y aun las reuniones sindicales se hacían en yiddish, italiano y, en épocas más recientes, en castellano; 2) muchos emigrantes pertenecientes a estos grupos llegaron a los Estados Unidos equipados con conocimientos útiles en los oficios textiles tales como cortado o cosido, y 3) los salarios pagados por tal industria han sido frecuentemente más bajos que los pagados por otros grupos industriales, lo cual ha reducido la competencia entre trabajadores emigrantes y nativos. Estos últimos por lo general han preferido y tenido acceso a empleos mejor remunerados. En 1974 el salario medio por hora en el sector manufacturero en conjunto era de 4.40 dólares, comparado con 2.99 ganado en la industria del vestido. Este último constituyó en ese año el salario más bajo pagado por cualquier grupo industrial en los Estados Unidos (NACLA, 1976: 8). Tales salarios pueden mejorarse en el trabajo por pieza, el cual caracteriza la actividad del 80% de los trabajadores de la industria del vestido, pero también pueden verse reducidos debido al desempleo estacional. Los trabajadores de la industria del vestido trabajan, en términos medios, sólo cuarenta semanas de trabajo al año (*má* 7).

La industria del vestido emplea la mayor proporción de mujeres en los Estados Unidos. Más del 80% de todos los trabajadores de la industria del vestido en el presente son mujeres, muchas de las cuales trabajan como operarias. La posición de operario constituye el 80% de los trabajos existentes en tal industria (*Ibid*: 7). En 1969, en la ciudad de Nueva York casi la mitad de la fuerza de trabajo estaba constituida por traba-

trabajadores no blancos con una elevada proporción de latinoamericanos. De acuerdo con el censo de 1970, 46.7% de las mujeres portorriqueñas y 37.6% de las mujeres cubanas trabajaban como operarias en el área estadística metropolitana de Nueva York. Esto significa que la categoría de operaria constituye la rama más amplia de empleo femenino entre latinoamericanos en la ciudad como a nivel nacional (Wilber y Hagen, 1976, cuadro 5B y 5CT 60-61). Un estudio de emigrantes de una población de la República Dominicana a Nueva York encontró que casi la mitad de las mujeres trabajadoras estaban empleadas en fábricas de prendas de vestir (Hendricks, 1974: 76).

Con respecto al sector portorriqueño, la industria del vestido ha proporcionado la fuente única más grande de empleo con las mujeres portorriqueñas, las cuales constituyen una cuarta parte de todas las operarias en tal industria en la ciudad de Nueva York (B. L. S., 1975: 81). La proporción de operarias entre las mujeres portorriqueñas empleadas en Nueva York es cuatro veces más alta entre emigrantes que entre mujeres nacidas en el continente (*Ibid*: 99), lo cual parece denotar un desplazamiento hacia empleos en el sector de oficinas y ventas por parte de los miembros pertenecientes a la segunda generación y pertenecientes al mismo grupo étnico. Sin embargo, la industria del vestido ha sufrido una disminución de 40% en el número de trabajos disponibles en el decenio de 1960 a 1970, o sea, una pérdida de 137 000 empleos. Tal pérdida continuó de acuerdo a una tasa de 12 000 trabajos por año hasta 1973 (*Ibid*: 104-105). Esta pérdida de trabajos en la industria del vestido en la ciudad de Nueva York se debe de manera principal al movimiento de la producción a países extranjeros y al sur de los Estados Unidos en busca de trabajo más barato y no sindicalizado. Por ejemplo, de 1961 a 1975, las importaciones de prendas de vestir aumentaron 555% en cantidad y 736% en valor en dólares (i. L. G. W. U., 1976: 2). Esto se debe en gran parte a la aplicación del punto 807.00 del reglamento arancelario norteamericano, el cual ha estimulado el envío de telas precortadas fuera del país donde se terminan y constituyen en prendas de vestir. De acuerdo al punto 80700, tales productos sólo pagan impuestos sobre el valor agregado debido al uso de trabajo extranjero, el cual, sin embargo, constituye el 95% de la producción total en tal ramo (*ibid*: 12). Gran parte del comercio realizado bajo el punto 807.00 se realiza entre firmas estadounidenses y sus afiliadas o proveedoras en el extranjero (*Ibid*: 19); esto es, entre multinacionales norteamericanas, aunque este hecho no ha sido enfatizado lo suficiente ni por la gerencia ni por representantes laborales en sus exigencias públicas con respecto a la eliminación del acuerdo sobre multifibras. Gran parte de la producción en este campo se lleva a efecto en México y en otros países centroamericanos o caribeños, de donde provienen los emigrantes latinos a la ciudad de Nueva York (*Ibid*: 10). Así, mientras que los emigrantes de América Latina vienen a los Estados Unidos en busca de trabajo, las firmas estadounidenses están trasladando la producción a los países de origen de tales emigrantes.

No sólo la producción ha sido trasladada al extranjero; tanto la industria del vestido como otras actividades en el sector manufacturero han sido llevadas al sur de los Estados Unidos. El sur muestra una ganancia de empleos en la industria del vestido de 17% en 1950, a 44% en 1974, lo cual ha convertido a esta zona en el centro más importante de la industria del vestido en los Estados Unidos (NACLA, 1977: 10). Tal y como sucede con el movimiento hacia el extranjero, la razón principal en el desplazamiento hacia el sur es la búsqueda de trabajo barato no sindicalizado. Tal vez por ejemplo, la entidad más industrializada del sur y la mayor productora de prendas de vestir de la región, tenía en 1974 la tasa más baja de trabajadores no agrícolas sindicalizados (9.8%) (*Ibid:* 15) mientras que los salarios percibidos en esta área eran 43% más bajos que en Nueva York (*Ibid:* 12). La industria del vestido ha participado de esta manera en el precipitado declive económico del nordeste, en particular a partir de 1970.

IV. ESTRUCTURA OCUPACIONAL DE LAS MUJERES DE ORIGEN LATINOAMERICANO

Aun cuando es difícil determinar cuál sector de la fuerza de trabajo en la industria del vestido ha sido afectado más gravemente como consecuencia de esta declinación en el número de empleos disponibles, los portorriqueños y otras minorías étnicas parecen en general más vulnerables a los despidos ya que no cuentan con los privilegios y prestaciones derivados de largos años pasados en el mismo empleo, tal y como es el caso de las mujeres trabajadoras blancas en los Estados Unidos. Cierta evidencia para respaldar esta hipótesis* se puede encontrar en el hecho de que en Nueva York, las mujeres con educación de ocho años o menos sufrieron mayor pérdida en su participación en la fuerza laboral de 1960 a 1970 (35 a 24%), que las mujeres blancas nacidas en los Estados Unidos cuya tasa de participación se redujo sólo del 29 al 28% (Cooney y Warren, 1977: 17). La mayor parte de estas mujeres menos educadas se encuentran empleadas en trabajos que requieren de mínima capacitación, como es el caso en la industria del vestido.

De 1950 a 1970, la tasa de participación laboral de las mujeres portorriqueñas en la ciudad de Nueva York disminuyó de dos quintos en 1950 (tasa mayor que la media general para la ciudad) a menos de un tercio en 1970, muy por abajo de la tasa de participación para la población total (B. L. S., 1975: 64). La mayor laguna se registra para las mujeres portorriqueñas en las edades más propicias para el trabajo entre los 25 y los 34 años de edad, grupo para el cual la tasa de participación laboral es de 25%, comparado con 42% para la población femenina total (*Ibid:* 64-65). Aun las mujeres en Puerto Rico, donde la tasa de desempleo es mucho más alta, enfrentan mayores probabilidades de empleo si se encuentran en este grupo de edad (*Ibid:* 61).

Además de las pérdidas en el empleo manufacturero,, varios factores demográficos pueden contribuir a la explicación de esta reducción tan acelerada. La mayor parte de las mujeres portorriqueñas entrevistadas en el área de bajo ingreso de la ciudad, mencionan responsabilidades familiares como la razón que les forzó a abandonar su último empleo (*Ibid:* 68). Al ser comparados con otros grupos neoyorkinos, los portorriqueños tienen familias más numerosas, más niños en casa y una proporción más elevada de hogares encabezados por mujeres. En la ciudad de Nueva York, tres de cada diez familias son encabezadas por mujeres, dato que representa un incremento de 18% en 1960 a 29% en 1970, mucho más elevado que el incremento en este sentido de la población total (*Ibid:* 47). En los hogares portorriqueños encabezados por mujeres, la mayor proporción de éstas fluctúa entre los 16 y los 21 años y corresponde a aquellas que han vivido en la ciudad (*Ibid:* 48). Esto sugiere que tales cifras probablemente están ligadas al creciente número de madres solteras y a una población en la cual predominan los migrantes. Sin embargo, el por ciento de familias portorriqueñas encabezadas por mujeres en la ciudad de Nueva York es alrededor del doble de las encontradas en la isla misma (*Ibid:* 48).

La creciente proporción de familias encabezadas por mujeres entre los portorriqueños, puede atribuirse también en parte al receso económico del noreste que ha afectado en particular a aquellas industrias en las cuales tanto hombres como mujeres portorriqueños han encontrado empleo tradicionalmente. Aunque no en forma tan drástica como para las mujeres, la participación laboral hombres portorriqueños también ha disminuido de 76% en 1950 a 66% en 1970 (*Ibid:* 63). Mi propio estudio en Puerto Rico (*Safa, 1974*) al igual que otros trabajos han mostrado una correlación directa entre la reducción de oportunidades de trabajo para hombres y la formación de unidades familiares encabezadas por mujeres. Esto significa que entre mas difícil es para un hombre encontrar "trabajo, más difícil es para el mismo mantener una familia y mayor probabilidad existe de que abandone el hogar o no contraiga matrimonio siquiera. Por su parte las mujeres pueden no desear casarse con hombre sin empleo fijo y prefieren trabajar por sí mismas o buscar asistencia pública, en particular cuando tienen hijos pequeños. El 30% de las familias portorriqueñas en la ciudad de Nueva York recibían asistencia pública en 1969 (*Ibid:* 119). Un elevado porcentaje de estas familias se encuentran encabezadas por mujeres y se ubican por debajo de la demarcación que separa a los grupos pobres de aquellos relativamente más prósperos (*Ibid:* 115-16).

Así, la declinación económica del noreste parece estar empujando tanto a hombres como a mujeres fuera de la fuerza de trabajo,, quizá aumentando la proporción de familias encabezadas por mujeres en la comunidad portorriqueña. Aunque las oportunidades de empleo son sólo uno de los factores que determinan la tasa de participación laboral, su importancia está señalada por el hecho de que otras variables demográficas con res-

pecio a la comunidad portorriqueña no han variado de manera significativa desde 1960, a excepción del aumento de familias encabezadas por mujeres. Un estudio de portorriqueños neoyorquinos realizado por la Oficina de Estadísticas Laborales (Bureau of Labor Statistics) hace notar lo siguiente:

Mientras que el tamaño de la familia, edad de los hijos y los arreglos con respecto al modo de vida contribuyen a la reducción de la participación en la fuerza de trabajo de mujeres portorriqueñas, estos factores no explican la caída violenta ocurrida durante el decenio pasado. El tamaño medio de la familia no ha aumentado en el mismo lapso de tiempo y no existe evidencia alguna que señale cambios en las pautas de vida de la misma. Aún el hecho de que una creciente proporción de familias están encabezadas por mujeres contribuye poco o nada a la comprensión de este fenómeno ya que las pautas de participación en la fuerza de trabajo de mujeres que son cabeza de familia se aproxima al de mujeres que cohabitan con sus esposos. La ausencia de una explicación razonable con respecto a la declinación de la tasa de participación laboral señala la necesidad de estudios más detallados de la estructura de ingresos y empleo de la ciudad de Nueva York en tanto afecta a los portorriqueños, en particular a las mujeres de este grupo (B. L. S., 1975: 64).

Las mujeres portorriqueñas pertenecientes a la segunda generación y que viven en la ciudad de Nueva York también rechazan el trabajo proletario en favor de trabajos más atractivos en el sector de oficinas y ventas. Como ya lo hicimos notar antes, en 1970, sólo 11% de las mujeres portorriqueñas nacidas en el continente, en comparación con 44% de aquellas nacidas en la Isla pero con residencia en Nueva York trabajan como operarías mientras que el 76.6% de las nacidas en el continente laboran en el sector de oficinas y ventas, principalmente en el área de servicios (*Ibid.*: 99). A pesar de las declinantes tasas de participación en la fuerza de trabajo, la proporción de portorriqueños (tanto hombres como mujeres) empleados en el sector de oficinas y ventas se duplicó entre 1950 y 1970. Tres cuartas partes de las mujeres portorriqueñas en este sector cuentan con educación secundaria (*Ibid.*: 95), lo cual es más frecuente entre aquellas nacidas en el continente. Aun estas mujeres mejor educadas (es decir, con diploma de secundaria o educación superior) no han realizado logros comparables a los adquiridos por las mujeres norteamericanas blancas. Entre los graduados de la universidad, por ejemplo, las mujeres portorriqueñas han aumentado su participación en 29%, en comparación con 47% de incremento para individuos blancos norteamericanos (Cooney y Warren, 1977: 17). Así, mientras la pérdida de empleos que requieren de mínima capacitación ha afectado de manera desproporcionada a las mujeres portorriqueñas, el aumento de empleos de oficina y ventas ha favorecido a individuos blancos nacidos en los Estados Unidos. Así se ve claramente cómo el origen étnico y el sexo se combinan para crear una desventaja doble para las mujeres portorriqueñas tanto en los estratos superiores como en las capas inferiores de la estructura ocupacional.

Lo que parece estar ocurriendo en la comunidad portorriqueña en la ciudad de Nueva York es una clara bifurcación en dos grupos: uno involucrado en procesos de movilidad social ascendente compuesto de manera principal por aquellos nacidos en el continente y que está adquiriendo educación más avanzada y desplazándose hacia áreas de empleo de oficinas, ventas y ocupaciones profesionales, y un grupo proletarizado formado en su mayor parte por emigrantes que incluyen una elevada proporción de unidades familiares encabezadas por mujeres. Tal grupo está perdiendo acceso a los empleos que requieren de mano de obra no calificada y capacitación fabril, por tradición ocupados por miembros de este sector, pero los cuales están abandonando la fuerza de trabajo en número creciente. Sin embargo, aun el grupo de movilidad ascendente dista de estar "asimilado" ya que *IIIzΓ& III III III* de sus miembros con niveles educativos altos se les ha negado igual acceso a ocupaciones profesionales y de gerencia. Esto es en particular obvio en el caso de las mujeres. Un número mayor de miembros del grupo socialmente móvil parece estar viviendo en las afueras de Nueva York, donde proporciones mayores de hombres y mujeres se encuentran participando en la fuerza de trabajo y donde los nacidos en el continente obtienen mejor educación y mejores empleos y perciben ingresos más elevados (Jaffe, 1976: 264-65).

Otros grupos latinoamericanos no han vivido en los Estados Unidos por suficiente tiempo como para detectar el surgimiento de tal bifurcación en las pautas de movilidad social de la comunidad étnica. Del mismo modo, no tendría validez la comparación entre emigrantes y aquellos nacidos en el continente dado que los primeros han estado en el país por períodos más cortos. Así, de la población cubana en los Estados Unidos en 1970 cerca de ocho de cada diez habían nacido en Cuba (Jaffe, 1976: 278). Las diferencias observables en la población cubana parecen originarse en distinciones socioeconómicas existentes previas a la migración. Aun cuando se supone que la mayor parte de la población cubana es de origen clase media, en realidad una proporción significativa de cubanos de la clase trabajadora también emigró a los Estados Unidos, en especial en el período que se inició a partir de 1965 (Domínguez, 1975: 23). Por desgracia, no existe un estudio sistemático que muestre la influencia de estas distinciones premigratorias en las pautas de movilidad de la población cubana en los Estados Unidos.

Sin embargo, en agudo contraste con las mujeres portorriqueñas, las mujeres cubanas al igual que otras mujeres latinoamericanas han registrado una tasa de participación laboral más elevada que aquella que caracteriza a la población total. En Nueva York en 1970, 55% de las mujeres OTbtmttt-furs-ix e.; 1976: 10) y 58% de las mujeres colombianas formaban parte de la fuerza de trabajo, en comparación con 42% de la población femenina total (Channey, 1976: 99). Las razones que explican esta participación más elevada en la fuerza de trabajo se encuentran claramente en la necesidad económica. Las mujeres emigrantes a los Estados Unidos siempre han denotado una sólida ética orientada al trabajo y han

mostrado tasas de participación laboral más elevadas que las mujeres nativas (C/r. Kessler Harris, 1975: 228). La necesidad económica es por lo general la razón principal detrás de la migración y se espera que las mujeres contribuyan con su parte de la carga económica. En tales condiciones, tanto hombres como mujeres saben que sólo con dos personas trabajando al unísono puede una familia aumentar sus ingresos y establecerse con cierta seguridad en el nuevo ambiente. Por ejemplo, en 1969 el ingreso familiar medio para los portorriqueños con un sólo proveedor era de 5 860 dólares, en comparación con 9 900 para aquellas familias con dos o más trabajadores asalariados. Para los cubanos los ingresos equivalentes eran de 6 560 y 10 490 dólares (Jaffe, 1976, cuadro 8). Sin embargo, 61% de las familias cubanas a nivel nacional tenían dos o más trabajadores asalariados en comparación con 362% de familias portorriqueñas y 51% de la población total (*Ibid*: 421).

La elevada proporción de mujeres latinoamericanas empleadas en los Estados Unidos restajvglmSz^

latina la que impide a mujeres buscar empleos remunerativos. La noción latinoamericana del "machismo" o superioridad masculina se cita con frecuencia como la razón por la cual las mujeres quedan confinadas al hogar ya que su empleo amenaza el papel del hombre como principal proveedor y fuente de autoridad de la familia. Esta proposición no toma en cuenta el hecho de que la mayor parte de las campesinas y mujeres de la clase trabajadora en América Latina siempre han contribuido de manera muy importante al ingreso familiar, ya sea a través de su participación en empleos remunerativos o como parte de una unidad familiar productiva o a través de trabajos eventuales dentro de la llamada economía informal. Al igual que en los Estados Unidos, por lo tanto, la ideología del confinamiento de las mujeres al hogar ha operado predominantemente entre mujeres privilegiadas cuyos maridos han podido costear su ocio e inmovilidad (C/r. Kessler-Harris, 1975: 221).

Es claro que las mujeres cubanas y latinoamericanas en los Estados Unidos han abandonado tal ideología, por lo menos por el momento, aun en el caso de ser parte de la élite y aun cuando no hayan trabajado en su país de origen. Ciertamente en los Estados Unidos no están presionadas a conformarse a tal ideología que quizá enfrentarían en sus países de origen ya que existe mayor aceptación de mujeres casadas trabajadoras en los Estados Unidos, donde dos terceras partes de las mujeres que participan en la fuerza de trabajo son casadas (*Ibid*: 233). Entre mujeres latinoamericanas el valor del estatus que acompaña al confinamiento de las mujeres en el hogar parece haber sido sustituido por el fuerte deseo de hacer progresar a la familia y establecerse con seguridad en el nuevo ambiente. Así, las aspiraciones familiares de movilidad ascendente impelen a las mujeres a participar en la fuerza de trabajo a pesar de los supuestos valores y normas culturales que denigran el empleo femenino.

Mientras que las anteriores proposiciones pueden explicar en parte por qué las mujeres cubanas y pertenecientes a otros grupos latinoameri-

canos trabajan con tanta frecuencia fuera del hogar, no explican la baja tasa de participación en la fuerza laboral por parte de las mujeres portorriqueñas. Ciertas diferencias demográficas entre los diversos grupos latinoamericanos pueden contribuir a una mejor explicación de sus diferentes tasas de participación en la fuerza de trabajo. Así, las mujeres cubanas tienden a ser de edades más avanzadas, tienen familias más pequeñas y poseen mejor educación que las mujeres portorriqueñas. Sin embargo, las mujeres cubanas muestran de manera consistente mayores tasas de participación laboral al margen de las características de su estructura familiar o la presencia de hijos. De hecho las mujeres cubanas que son cabeza de familia muestran una tasa de participación mucho más elevada que aquellas que son esposas (Wilber *et al.*, 1977: 53-54). Mientras que muchas mujeres cubanas y pertenecientes a otros grupos pueden no llenar los requisitos para recibir asistencia pública por su singular tipo de estatus migratorio, también es probable que aunque la pudieran recibir, la rechazarían ya que recibir asistencia pública simboliza pobreza y bajo estatus en los Estados Unidos. De igual modo, la aceptación de asistencia pública significaría de hecho un abandono de las aspiraciones de movilidad social ascendente.

Por otra parte, los perfiles de empleo para cubanas y portorriqueñas son bastante parecidos. A nivel nacional son casi idénticos: casi la mitad de todas las mujeres portorriqueñas y cubanas trabajaban como operarias en 1970 (*Ibid.*: 78) en comparación con 15% de mujeres blancas trabajadoras. Cerca de una cuarta parte de las mujeres portorriqueñas y cubanas a nivel nacional estaban empleadas en ocupaciones de oficina, ventas y servicios, en comparación con más de un tercio de mujeres blancas (*Ibid.*: 11). En la ciudad de Nueva York cerca del mismo porcentaje de ambos grupos de mujeres se encuentran en empleos de oficina, ventas y servicios, pero las mujeres portorriqueñas muestran una proporción más alta de operarias mientras que las mujeres cubanas tienen un porcentaje más alto de mujeres empleadas en servicios (Wilber y Hagen, 1977: 60-61).

¿Por qué entonces las mujeres portorriqueñas han dejado sus empleos en la fuerza de trabajo a partir de 1950? De nuevo aquí la bifurcación planteada antes de manera tentativa con respecto a la comunidad portorriqueña proporciona una explicación parcial. El grupo con movilidad ascendente incluye una elevada proporción de mujeres empleadas en ocupaciones remunerativas, muchas de las cuales han adquirido una buena educación. Las tasas de participación laboral se elevan cuando sube el nivel educacional y aunque las tasas al respecto para mujeres portorriqueñas son todavía en general más bajas, que para otras mujeres neoyorquinas, la diferencia es mucho menor entre aquellas con una educación secundaria y en especial entre aquellas con educación universitaria (B. L. S., 1975: 67). Como ya quedó señalado antes, éstas son las mujeres que están adquiriendo trabajos en el sector de ventas, oficina y servicios y aun en el sector profesional que puede conducir a carreras significativas

y mayor movilidad social ascendente. Las mujeres portorriqueñas registraron mayor número de logros ocupacionales que los hombres en el decenio de 1960 en términos de su penetración a empleos de oficina, ventas y servicios al igual que en el campo profesional (*Ibid*: 92).

Por otra parte, las mujeres portorriqueñas que no han podido competir con éxito, aquellas que han dejado la escuela o aquellas que son madres solteras al igual que aquellas en que se presentan ambas características, enfrentan probabilidades más altas de desanimarse en el difícil proceso de encontrar un buen trabajo, por lo que terminan solicitando asistencia pública como fuente alternativa de ingreso. Estas mujeres ya no aceptan la ética orientada hacia el trabajo que sus padres y otras mujeres latinoamericanas asimilaron, y prefieren no trabajar en lo más mínimo que obtener algún empleo denigrante y mal pagado. En vista de que han abandonado toda esperanza de movilidad social ascendente, la recepción de asistencia pública no tiene para ellas el estigma que acompaña su aceptación entre familias latinoamericanas que todavía esperan lograr las promesas del "sueño americano". Estas mujeres portorriqueñas ya no creen en tal sueño y se han resignado a la dura lucha por la supervivencia a partir de ingresos sumamente bajos.

Es también posible que la competencia por parte de otras mujeres de América Latina haya contribuido a la declinación en la participación en la fuerza de trabajo de las mujeres portorriqueñas. Tal declive coincide con el advenimiento a la ciudad de Nueva York de grandes contingentes de individuos pertenecientes a otros grupos, incluido gran número de emigrantes ilegales procedentes de América Latina, muchos de los cuales han encontrado empleo en talleres pequeños y no sindicalizados en la industria textil, donde con frecuencia se les paga menos que el sueldo mínimo. Así, las mujeres portorriqueñas en empleos que requieren mano de obra no calificada se encuentran limitadas en dos aspectos. Por una parte, los mejores trabajos en talleres estables no están abiertos para ellas porque están ocupados por mujeres de mayor edad, por lo general de origen europeo, que han adquirido muchos años de beneficios y prestaciones." Al igual que los recién llegados a la industria del vestido, las mujeres portorriqueñas tienen altas probabilidades de despido al reducirse el número de empleos con el movimiento de plantas fabriles a otras partes del mundo. Por otra parte, tales mujeres no pueden o no desean competir con las mujeres latinoamericanas, en especial con las ilegales, las cuales están dispuestas a trabajar por salarios más bajos en talleres no sindicalizados y quienes quizá constituyen una fuerza laboral más dócil.

Todas las mujeres latinas han sido dañadas por la reciente recesión económica en los Estados Unidos. Un estudio realizado por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos muestra que la tasa de desempleo para mujeres de origen latinoamericano de 20 o más años aumentó a 11.2% durante el tercer cuarto de 1975 a partir de 7.5% para el período correspondiente en 1974 (U. S. Department of Labor, 1976: 9). Ésta es una cifra bastante más alta que la tasa para mujeres trabajadoras

blancas, aunque todavía es menor que la correspondiente para las mujeres trabajadoras negras (*Ibid:* 9).

V. CONCLUSIONES E IMPLICACIONES PARA LA INVESTIGACIÓN FUTURA

¿Qué futuro espera entonces a las mujeres emigrantes de origen latinoamericano que residen en la ciudad de Nueva York? ¿Serán muchas de ellas forzadas a abandonar la fuerza de trabajo tal y como ha sucedido a las mujeres portorriqueñas debido al desempleo general y a la particular reducción de empleos generados por el sector manufacturero donde tales mujeres han buscado trabajo tradicionalmente?

Está claro que este breve análisis sugiere y requiere de un estudio más detallado con respecto al impacto de un mercado de trabajo cambiante sobre los emigrantes hispanos y en particular sobre las mujeres. Al disminuir los trabajos existentes en la industria del vestido y otros sectores manufactureros, ¿qué alternativas quedan abiertas a las mujeres latinoamericanas que han recurrido a aquéllos como fuente de empleo? Tales problemas afectan no sólo a los grupos latinoamericanos sino también a los empleados que han prestado servicios por lapsos de tiempo más largos en la industria del vestido. También éstos han expresado recientemente su preocupación con respecto a la seguridad de sus trabajos en manifestaciones públicas (*New York Times*, 1977: DI). Mientras que las empleadas de más tiempo son menos vulnerables que las mujeres latinas con respecto a los despidos precipitados, ya que cuentan con beneficios, privilegios y prestaciones derivados de su permanencia en tales empleos por muchos años, existen indicaciones de que la pérdida de trabajos derivados de la industria del vestido está comenzando a afectarlas también. Para la mayoría de tales mujeres, cuya edad media pasa de los cincuenta años, no hay alternativas ocupacionales adecuadas ya que muchas de ellas han pasado veinte o treinta años trabajando en la industria del vestido.

Existen pocas opciones en el sector manufacturero abiertas a mujeres latinoamericanas. Las mujeres negras se han concentrado por tradición en el sector de servicios domésticos y en otros términos generales, pero el cual ofrece también salarios muy bajos y pocas oportunidades de movilidad social ascendente. De igual modo, el sector de servicios requiere por lo general del conocimiento de la lengua inglesa, del cual carecen muchas mujeres latinoamericanas al llegar a los Estados Unidos. Sin duda, algunas mujeres, en particular las ilegales, han encontrado empleo como sirvientas domésticas aunque esto se considera como empleo de muy bajo status. A nivel nacional, el mayor número de mujeres de origen latinoamericano en el sector de servicios desempeñan actividades relacionadas con la administración de productos alimenticios, salud, servicios personales y de limpieza, en ese orden (*Ibid:* 10).

Las mujeres de origen latinoamericano pertenecientes a la segunda, generación residente en los Estados Unidos que han adquirido educación más avanzada y conocimiento del idioma inglés, con gran probabilidad se desplazarán a empleos en el sector de oficinas y ventas o servicios, tal y como lo han hecho algunas mujeres portorriqueñas y cubanas. Éste es el sector más amplio de empleo femenino en los Estados Unidos en el presente, en particular en lo que respecta al trabajo de servicios. Sin embargo, ésta no es una alternativa abierta a la mayor parte de las mujeres emigrantes que carecen de adiestramiento lingüístico y capacitación técnica necesaria. Se requiere con urgencia de investigaciones centradas en los cambios intergeneracionales con respecto al empleo de mujeres de la primera y segunda generaciones de emigrantes como medio para determinar las pautas de movilidad ocupacional en diversos grupos étnicos.

¿Ocasionará la declinación económica del noreste, en particular en el sector manufacturero, una reducción en el número de emigrantes latinoamericanos, en especial de mujeres? El número creciente de emigrantes legales e ilegales a partir de 1960, cuando tal declinación comenzó, parece no sustentar tal posibilidad. Aunque escasos, los empleos son aún más abundantes y mejor pagados en los Estados Unidos que en los países de origen de tales emigrantes. Sin embargo, es probable que con la "recesión" económica, las restricciones a la emigración serán aplicadas de manera más estricta, en especial en el caso de emigrantes ilegales cuyo impacto en un mercado de trabajo ya restringido ha ocasionado considerable preocupación pública. La reducción de trabajos también podría significar que un número menor de mujeres latinoamericanas emigrantes **trabajarán**, aunque la necesidad económica conduzca a muchas de ellas a aceptar el empleo mal pagado y quizá ilegal.

¿Irán las emigrantes latinoamericanas a otras partes, por ejemplo al sur de los Estados Unidos donde el empleo en el sector manufacturero está aumentando? Ésto parece poco probable ya que las industrias, manufactureras han sido generalmente trasladadas a áreas donde ya existe de antemano abundante oferta de mano de obra barata debido a la declinación del empleo agrícola. Un estudio reciente hace notar: "En la industria del vestido la gran mayoría de las plantas sureñas están localizadas en áreas no metropolitanas donde el trabajo tiende a estar aún menos organizado a ser menos militante y donde los trabajadores están más desesperados por encontrar empleo en los centros urbanos" (NACLA, 1977: 14). Aun cuando los negros sureños no se hayan beneficiado de manera sustancial con la expansión de empleos manufactureros, un número considerable de mexicanas están empleadas en plantas maquiladoras pertenecientes a la industria del vestido a lo largo de la frontera México (NACLA, 1975).

Puede suponerse que la reducción de empleos para mujeres es de poca importancia al evaluar la adaptación de una comunidad de emigrantes a un nuevo medio ambiente. Es obvio que el proveedor más importante en la mayor parte de las familias latinoamericanas continúa siendo el hom-

bre, excepto en el creciente número de unidades familiares encabezadas por mujeres, especialmente entre portorriqueños. Sin embargo, no existe un análisis adecuado de la importancia de la contribución de la mujer a las pautas de movilidad de comunidades migratorias y tal investigación se necesita con urgencia. A pesar de la reconocida elevada tasa de participación laboral por parte de mujeres emigrantes, nadie ha intentado evaluar el impacto de este ingreso familiar adicional en las generaciones subsecuentes. En un estudio que realizamos ahora entre empleadas de la industria del vestido en New Jersey, la importancia del sueldo femenino, aunque pequeño, es notable. Su importancia se destaca en situaciones que requieren de la compra de una casa, financiamiento de la educación de los hijos o evitar la temida necesidad de solicitar asistencia pública. El ingreso adicional de la mujer proporciona la base para desarrollar un estilo de vida sólido y estable entre familias de clase trabajadora de origen europeo. Tal experiencia parece estar desapareciendo rápidamente en el noreste. Las zonas de residencia de miembros de la clase trabajadora están siendo sustituidas por vecindades o "ghettos" habitados por un elevado número de desempleados, familias encabezadas por mujeres y por contingentes afectados por otros problemas sociales.

Así, la importancia de la contribución de la mujer en las pautas de movilidad de la familia emigrante no debe subestimarse. Aun cuando hayan permanecido en la misma ocupación toda su vida de adultas, como es el caso de las mujeres empleadas en la industria del vestido que estamos estudiando, con frecuencia sus sueldos han contribuido a proporcionar las bases para la entrada de sus hijos a la clase media y a trabajos de oficina, ventas y servicios, al igual que a carreras profesionales. Pueden no haber alcanzado las promesas del "sueño americano" pero han tratado duramente de proporcionarlo a sus hijos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boserup, Ester (1970), *Woman's Role in Economic Development*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Bureau of Labor Statistics (1975), "A Socio-economic Profile of Puerto Rican New Yorkers", U.S. Dept. of Labor, Middle Atlantic Regional Office, Nueva York, Regional Report 46.
- Chaney, Elsa (1976 a), "Women in the Marginal Role of the Economy in Lima, Peru", trabajo presentado en la Conferencia sobre la mujer en el desarrollo, Wellesley College, Wellesley, Mass.
- (1976 b), "Colombian Migration to the United States" (Parte 2), en *The Dynamics of Migration: International Migration*. Smithsonian Institution, Interdisciplinary Communications Program, Occasional Monograph Series, Num. 5, Vol. 2.
- Cruz, Carmen Inés y Juanita Castaño (1976), "Colombian Migration to the United States" (Parte 1) en *The Dynamics of Migration: International Migration*, Smithsonian Institution, *op. cit.*
- Domínguez, Virginia R. (1975), *From Neighbor to Stranger: The Dilemma of Caribbean Migrants in the United States*, New Haven, Antilles Research Program, Yale University.

- Hendricks, Glenn (1974), *The Dominican Diaspora*, Nueva York, Teachers College Press.
- I.L.G.W.U. (1976), "The Needed Repeal of Item 807.00 of the Tariff Schedules of the United States", Testimonio de Sol C. Chaikin, ante el Subcommittee on Trade Committee on Ways and Means, U.S. House Representatives.
- Jaffe, A. J., Ruth M. Cullen y Thomas D. Boswell (1976), "Spanish Americans in the United States-Changing Demographic Characteristics", Nueva York, Research Institute for the Study of Man, National Institute of Child Health and Human Development.
- Jelin, Elizabeth (1976), "Labor Migration and Female Labor Force Participation in Latin America: The Case of Domestic Service in the Cities", SIGNS, número especial sobre la mujer y el desarrollo, Vol. 3, Num. 1, por publicarse.
- Kesler-Harris, Alice (1975), "Stratifying by Sex: Understanding the History of Working Women", en Richard C. Edwards, Michael Reich, David M. Gordon (Comps.), *Labor Market Segmentation*, Lexington, Mass., D.C. Heath and Co.
- NACLA (1975), "Report: Hit and Run: U.S. Runaway Shops on the Mexican Border", Vol. IX, Num. 5, Nueva York.
- (1977), "Capital's Flight: The Apparel Industry Moves South", Vol. XI, Num. 3, Nueva York.
- New York Times* (1977), "Curbs on Imports Urged at Apparel Union Rally", 14 de abril.
- Safa, Helen Icken (1974), *The Urban Poor of Puerto Rico: A Study in Development and Inequality*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- Smith, Margo L. (1973), "Domestic Service as a Channel of Upward Mobility for the Lower-Class Woman: The Lima Case", en Ann Pescatelo (Comp.), *Female and Male, in Latin America*, Pittsburg, University of Pittsburg Press.
- Testa-Zappert, Laraine (1975), "Women in the Urban Labor Force: The Case of Peru", Cornell University (Mimeo.).
- U.S. Department of Labor (1976), *Women of Spanish Origin in the United States*, Women's Bureau, Employment Standards Administration.
- Wilber, George L., D. Jaco, R. Hagan y A. del Fierro, Jr. (1975), "Spanish Americans and Indians in the Labor Market", *Minorities in the Labor Market*, Vol. 1, U.S. Dept. of Labor Lexington, Ky., University of Kentucky.
- Wilber, George y Robert Hagan (1976), "Metropolitan and Regional Inequalities among Minorities in the Labor Market", *Minorities in the Labor Market*, Vol. III, Manpower Administration, U.S. Dept. of Commerce.